

cegara á estos desgraciados, ó que hiciera invisible á su apóstol, pasó efectivamente por aquellos sitios, y no fue apercebido (1).

Pero no solo tenia que sufrir el furor conjurado de los herejes, á los que exasperaba cada esfuerzo de su celo, cada acto de su ministerio: obstáculos de todo género venian á hacer frente á su valor, sin desconcertarle jamás. Un día que los negocios le habian detenido en Thonon mas tiempo que de ordinario, y habia vuelto muy tarde al castillo de Allinges, se extravió con su fiel Rolando por ser la noche oscura, en medio de una espesa selva. Caminando á tientas largo tiempo, vagaron de un lado á otro; por fin encontraron restos de muros, que reconocieron ser ruinas de una iglesia, y como quedaban aún algunas partes del techo, que podia defenderlos del aire, resolvieron esperar el día en aquel asilo. El santo apóstol se sentó sobre aquellas piedras cubiertas de yerba, como en otro tiempo Jeremías sobre las ruinas de Jerusalén, y allí, con los sentimientos de una tierna piedad, aplicando á la circunstancia varios hermosos pasajes de la Escritura: «Oh templo! »esclamó, á cualquier santo que estés dedicado, yo adoro »en tus ruinas al Dios que vive en los siglos de los siglos, »y á su Hijo único, nuestro Señor Jesucristo, que, habien- »do sufrido tanto por mí, me ha dado tambien el ejemplo »de sufrir por él. Sal de aquí, fogoso Aquilon, y ven, vien- »to del mediodía; sopla en este jardin, para que crezcan en »él las flores de todas las virtudes (2). ¡Oh Señor! Las na- »ciones han entrado en vuestra heredad, y han hollado »vuestro santo templo (3). Bendecid mis esfuerzos, derra- »mad vuestro espíritu en el corazón de estos pobres pue- »blos, y encended en ellos el fuego de vuestro amor. Ha-

(1) Depuesto por este mismo protestante despues de su conversion, bajo la fe del juramento, en el proceso de beatificacion del Santo.—De Cambis, 161 y 162.—Año Santo de la Visitacion, 8 de Enero.

(2) Cambis, c. IV, v. 16.

(3) Ps. LXXVII, v. 1.

»ced por vuestra misericordia infinita, que los muros de »Jerusalén se reedifiquen, que se os ofrezca allí un sacri- »ficio de justicia, y que se inmole en vuestro altar la car- »ne del Cordero sin mancha.» (1) Despues de haberse entregado algun tiempo á estas piadosas reflexiones, se durmió hasta que, habiendo llegado el día, fué despertado por Jorge Rolando (2).

Es imposible enumerar cuántas otras noches el santo apóstol y su fiel compañero pasaron de este modo. Una vez, sorprendidos por una lluvia que caia á torrentes, se vieron reducidos á cobijarse bajo el alero de una granja, y á pasar allí toda la noche. Otra vez, en compañía del canónigo Luís, los sorprendió la noche en un lugar en que todas las casas estaban cerradas: en vano llamaron á todas las puertas para pedir un asilo, pues nadie quiso abrirles, por las prevenciones que los ministros habian estendido contra ellos, declarándolos hechiceros en inteligencia con los demonios, y portadores de la desgracia á todas partes donde entraban. El horno del pueblo, que estaba aún caliente, fué el solo retiro que pudieron encontrar. Para garantirse de los rigores del frio, que era extremo, entraron en él vestidos y pasaron allí la noche (3).

El medio del día, no era á veces menos penoso para el intrépido misionero que las noches mas horribles. Cuando iba á predicar á los pueblos, se le temia, le cerraban la entrada de las casas, y aun rehusaban darle por dinero de comer y beber: tanto se temia comunicar con un hombre que los ministros habian pintado con tan negros colores. Sin embargo, no por esto se desalentaba, y habiéndole representado un día el Señor de Blonay, fervoroso católico de Evian á ocho kilómetros de Thonon, que lo recibia á menudo en su castillo, la poca esperanza que habia de convertir gentes tan obstinadas: «Mi querido hermano, le

(1) Ps. 1, X, 20 y 21.

(2) Carlos Aug., p. 83.—De Cambis, p. 153.

(3) Carlos Aug., p. 83.

»respondió el jóven apóstol, aún estoy al principio de mi trabajo, y quiero continuar y esperar en Dios contra toda esperanza humana.» (1)

Continuó en efecto predicando en Thonon y sus alrededores con un celo apostólico; pero sea por respeto humano, sea por temor de los ministros, ó por prevención imbuida en los espíritus contra él, los protestantes no acudían á sus sermones. Para hacer conocer la verdad á los que no querían oírle, le propusieron escribiese una serie de instrucciones, que contuvieran la defensa de la religión católica y la refutación del calvinismo, y repartiéndose copias de ellas entre las familias. Como hombre prudente, ni acogió ni desechó este pensamiento desde luego, y se tomó tiempo para reflexionar antes de decidirse, pesando maduramente las razones que había en pro y en contra. Por un lado le repugnaba mucho escribir, «porque, decía con tanta humildad como gracia, mas me valdria ser oído; las palabras en la boca son vivas y en el papel están muertas; escribir es un oficio que pertenece á los entendimientos doctos y mas cultos; es necesario saber estremadamente bien las cosas para escribirlas bien; los medianos talentos deben contentarse con decir, que es como la acción, la voz y el semblante dan brillo á la palabra; y por consiguiente el mío, que es de los menores, ó á lo sumo de la mas ínfima clase de los medianos, no puede brillar sino medianamente en este ejercicio.» Por otro lado veía poderosas razones para escribir: este era el único medio de hacer llegar la verdad á los que no iban á oírle; medio seguro, porque la curiosidad natural al hombre los inclinaria tanto mas á leer un escrito católico, cuanto mas prohibido era por los ministros; medio favorable á la reflexión, porque se puede reflexionar mejor sobre lo que está escrito que sobre lo que se dice de viva voz, pudiendo leerlo varias veces, y así no se está espuesto á olvidarlo; medio, en fin, que lleva consigo la garantía, no pudiendo

(1) Dep. de la Madre Chaugy.

acusarse de alteración la doctrina escrita. «Si no es la doctrina exacta de la Iglesia, dijo, mis superiores me reprenderán. Si desmiento mil absurdos que se imputan á los católicos, no es por no querer entrar en combate, como algunos han dicho. En fin, añadió, la doctrina por escrito contentará á los que, por toda respuesta á mis razones, alegan que quisieran oírle delante de algun ministro, para saber lo que respondería: les parece que la sola presencia del adversario me haría vacilar y palidecer; pero las razones, una vez puestas por escrito, se pueden presentar á cualquier ministro que se desee.» (1)

Indeciso entre estas consideraciones, consultó á sus principales amigos, que juzgaron sería cosa muy útil; consultó á Dios en la oración; y habiéndole inspirado Dios, durante el santo sacrificio, una fuerte inclinación á emprenderlo, puso manos á la obra el 7 de enero de aquel año, 1595, pero sin proponerse escribir la obra entera de una vez, pues la multitud de sus ocupaciones no le dejaba tiempo para ello. Aprovechaba los raros é interrumpidos momentos de que podía disponer, escribía á toda prisa, y concluido un artículo se hacían muchas copias, que se repartían en las familias, ó se fijaban en las calles y plazas públicas (2). De estas hojas esparcidas, compuestas así en momentos perdidos durante el espacio de cuatro años, y recogidas luego en un tomo, se formó el libro de las *Controversias*, primer escrito que salió de la pluma de San Francisco de Sales. De ahí procede que sea incompleto y lleno de vacíos; no es mas que un bosquejo, pero un bosquejo hecho por mano maestra: y si se considera no como lo ha desfigurado su primer editor, que lo ha hecho desconocido queriendo perfeccionarlo, sino como salió de las manos del autor, y como se puede leer aún en el quinto volumen del proceso de la canonización del Santo, conser-

(1) Prefacio de las *Controversias*.

(2) Dep. de la Madre de Chaugy.

vado en los archivos de la Visitacion de Annecy, se verá que es de un precio inestimable, que presenta las pruebas de la fé católica con una fuerza irresistible, y que los comisarios apostólicos que trabajaron en 1658 en el proceso de la canonizacion pudieron decir con verdad que los Atanasios, los Ambrosios y los Agustinos no habian sostenido y defendido mejor la fe.

Esta obra se divide en cuatro partes: la primera trata de la mision legítima, y demuestra que los fundadores de la reforma y sus sucesores se han introducido sin mision en el ministerio eclesiástico; de donde deduce son falsos pastores, y su iglesia, una iglesia falsa; y que su auditorio no tiene excusa al ir á escucharlos, como ellos tampoco la tienen al predicarle. Establecidos estos principios, persigue á los herejes en todos los subterfugios y rodeos donde procuraban atrincherarse para eludir los tiros de la verdad católica, y refuta victoriosamente sus objeciones sobre la mision extraordinaria, sobre la invisibilidad y la degeneracion de la Iglesia.

La segunda parte trata de las reglas de la fe, que reduce á ocho: la Escritura, la Tradicion, la Iglesia, la autoridad del Papa, los Concilios, los Padres, los milagros y la razon natural. Demuestra primero que la Escritura es regla de la fe, pero solo cuando está esplicada por la Iglesia, que es el único y legítimo intérprete; de donde concluye que los herejes, desechando la autoridad de la Iglesia, no pueden hacer ya de la Escritura la regla de la fe. Va mas lejos, y prueba que han alterado la Escritura misma, mutilándola para quitar lo que no les agradaba, y que se han quitado, negando la autoridad de la Iglesia, el único medio de distinguir los libros inspirados ó canónicos de los que no lo son. Pasando en seguida á la segunda regla de la fe, establece que hay verdaderas tradiciones apostólicas; y que los protestantes son inexcusables en no querer reconocerlas. Tales son segun el sabio controversista, las dos reglas formales de la fe; pero, para hacer de ellas una prudente aplicacion, son necesarias otras nuevas reglas. La primera

es la enseñanza de la Iglesia católica; y allí demuestra que la verdadera Iglesia romana debe obedecer á su gefe, ser una, santa, tan antigua como el cristianismo, universal, fecunda y apostólica; caractéres todos que honran á la Iglesia romana y faltan á la reformada. La segunda regla de la aplicacion, es la autoridad del Papa; y aquí, despues de haber establecido la primacia de San Pedro sobre los demás apóstoles, prueba que los sucesores de San Pedro le han sucedido en su primacia, que los Obispos de Roma son sus sucesores reales, y, como tales, gefes de la Iglesia; verdad que confirma por los elogios, los títulos y las prerogativas que les ha dado toda la antigüedad cristiana: de donde concluye que Roma es el centro necesario de la comunión católica, y que el Papa puede, sin los concilios, definir las materias de fe. Asigna en seguida otras dos reglas de aplicacion: los Concilios y los Padres; y hace ver cuán temerarios son los protestantes, y faltos de razon en tener en nada autoridades que recomiendan tan altamente la eminencia de la doctrina y el brillo de la santidad. En fin, hace resaltar la fuerza de los milagros, por medio de los cuales Dios se ha complacido, en todos los siglos, en autorizar la verdad de la Iglesia romana; y si presenta la razon natural como la última regla de la fe, es únicamente como una regla negativa, en el sentido de que la verdadera fe no debe encerrar nada contrario á la razon, á las buenas costumbres y á la perfeccion cristiana.

La tercera parte del libro de las *Controversias*, despues de una elegante recapitulacion de todo lo que precede, trata de los sacramentos en general, y de la alteracion de la forma de los sacramentos por los ministros. Desgraciadamente no tenemos sino algunos fragmentos de esta tercera parte.

En fin, la cuarta y última, trata del Purgatorio y de las oraciones por los muertos, y establece sobre estos dos puntos de doctrina la verdad católica.

Tal es la sustancia de este bello tratado, cuya composicion empezó el autor á los veintisiete años; y al enviarlo

á los habitantes de Thonon, les escribe estas buenas y sabias palabras: «Me atrevo á aseguraros que no leereis nunca escritos que os sean dedicados por un hombre que desee mas vuestro bien espiritual que yo..... Recibid de buena voluntad este presente que os hago, y leed mis razones atentamente. Si habeis oido con prontitud y ardor á una de las partes, tened la paciencia de escuchar á la otra. »Despues de lo cual, os exhorto en nombre de Dios á que »tomeis tiempo para serenar vuestro entendimiento, y á que »rogueis al Señor para que os asista con su espíritu en un »negocio de tanta importancia. Por mi parte, á Él ruego »que os ayude con su luz á comprender estas cosas segun »su espíritu, y que no permita deis nunca entrada en vuestra alma á otra pasion que la de nuestro Salvador y maestro Jesucristo. Probad, si os place, este remedio saludable; yo no hago mas que presentaros buenas razones, que os harán ver claro como el dia, que estais fuera del camino que se debe seguir para llegar á la salvacion (1).»

Mientras los escritos del apóstol llevaban bajo formas tan dulces la verdad al seno de las familias, creyó él mismo deber añadir á su ministerio ordinario el cuidado espiritual de los soldados de guarnicion en Allinges. Ya habia ganado su estimacion con su bondad y dulzura, como con su valor intrépido; no hablaban de él sino con admiracion; y sorprendidos de encontrarle siempre tan agradable y accesible, tenian placer en ir con él á Thonon y volver, cuando tenian allí algun negocio. Todos le amaban como á un padre, y tenian en él una confianza igual á la veneracion que les inspiraban sus virtudes. Este santo apóstol se sirvió de tal ascendiente para atraerlos á una vida mas cristiana; y siempre que les veia hacer algo malo, ó que les oia decir una palabra vituperable, los reprendia con una firmeza tan dulce, que no podian disgustarse. Habia sobre todo dos males que afectaban mas sensiblemente su fe, y que se propuso corregir: la primera era la costumbre de

(1) Prólogo de las Controversias.

los juramentos, imprecaciones y blasfemias que los soldados mezclaban á menudo en sus juegos y conversaciones; el segundo era el abuso de los duelos, tristes restos de los tiempos bárbaros, que no habian podido destruir la religion, la civilizacion ni el sano juicio. El Duque de Saboya los habia prohibido bajo penas muy severas; pero como este orden no tenia aplicacion mas que cuando los soldados estaban bajo las banderas, iban á pedir una licencia al gobernador, y, á cierta distancia del lugar de la guarnicion, les era permitido batirse. Francisco, que veia con un profundo dolor el nombre de Dios con tanta frecuencia profanado, y la vida de los hombres sacrificada á sentimientos indignos de un alma racional, empezó por agotar toda la fuerza de la persuasion para hacer cesar este doble desorden. No pudiendo conseguirlo recurrió á la autoridad, haciendo conocer al Baron de Hermance, por un lado que los juramentos y la profanacion del nombre de Dios atraerian sobre las tropas la maldicion del cielo; y además, que concediendo licencias para batirse, pecaba contra Dios, que prohibia esta clase de combates singulares; contra el prójimo, cuya muerte y condenacion eterna ocasionaba; y contra su príncipe, que, prohibiendo los duelos bajo penas severas, prohibia implícitamente el favorecerlos. El Baron, movido por estas razones, hizo cesar para siempre estos desórdenes; prohibió bajo graves penas los juramentos y blasfemias, no concediendo ya mas á los soldados aquellas licencias crueles y mortíferas (1). Despues que el santo misionero hubo obtenido esta reforma, llegado el tiempo de Cuaresma, su celo le inspiró dar á aquellas tropas frecuentes instrucciones sobre la religion, para atraerlas á una vida cristiana, y oír él mismo en confesion á los que deseasen dirigirse á él (2). Esta especie de mision produjo maravillosos frutos; los soldados parecieron trocados en otros hombres, y mostraron en toda su conducta, en pri-

(1) Carlos Aug., p. 84.

(2) Año santo de la Visitacion, 3 de abril.

mer lugar ese arrepentimiento sincero del pasado, esa voluntad firme de vivir mejor en lo sucesivo, que caracteriza á un alma lealmente convertida á Dios, y luego esa virtud franca y noble, que forma la mas sólida gloria del soldado cristiano. Un dia uno de estos valientes, profundamente movido por un discurso que acababa de oír al jóven apóstol, concibe tan vivo dolor de sus pecados, que no osa esperar el perdon; profundamente afligido, fuera de sí, en el esceso de su dolor va á buscar al hombre de Dios, y le cuenta sus angustias. Francisco, conmovido hasta derramar lágrimas, le acoge como el padre del hijo pródigo recibió á este al volver de sus extravíos, le consuela, le inspira confianza, y temeroso de que, abandonado á sí mismo este verdadero penitente vuelva á caer en sus negras ideas de desesperacion, le hace comer con él, dormir en su cuarto, le prepara á confesarse, le confiesa, y viendo en su corazon sentimientos de contricion tan vivos, acompañados de abundantes lágrimas, se limita á darle de penitencia, antes de absolverle, un Padre nuestro y un Ave María. «Ah! padre mio, esclama el soldado; vos quereis perderme. ¡Darme tan poca penitencia por tan grandes crímenes!—No, le responde el santo apóstol, confiad en la misericordia de Dios, que es mayor que todas nuestras iniquidades. Yo me encargo de hacer lo que falta á esa penitencia.—Eso no es justo, padre mio, replica el soldado, porque yo soy el pecador y vos inocente.» Con efecto, algunas semanas despues, este buen militar fué á buscar á Francisco, para decirle que habia obtenido su licencia y que iba á encerrarse en la Cartuja, convencido de que debia consagrar á la penitencia los restos de una vida hasta entonces tan mal empleada (1).

Los felices resultados que obtuvo Francisco de la guarnicion de Allinges, le indemnizaron un poco de la esterilidad de sus trabajos con los protestantes de Thonon. Hacia

(1) De Cambis, p. 155.—Año santo de la Visitacion, 3 de abril.

ya siete meses que estaba en medio de estos, predicando con la palabra y el ejemplo, y todavía no habia logrado hacerse oír sino de tres ó cuatro, que no habian acudido mas que cuatro ó cinco veces y de oculto (1). Buscaba todas las ocasiones de hablarles, pero los unos no querian escucharle; los otros no se atrevian, por el temor de ser perseguidos como católicos, si algun dia los Berneses y Ginebrinos volvian á tomar el Chablais; otros tenian la fe en el corazon, pero el miedo les impedia profesarla. Si se les hablaba del infierno, al cual se esponian, alegaban la bondad de Dios; si se les instaba, se separaban al momento; y como si no fuera bastante para cada uno su propia obstinacion, los principales de Thonon, instigados por los ministros protestantes, tuvieron una junta en la que se obligaron mutuamente á no asistir nunca á ninguna predicacion católica (2). Los ministros, no contentos con esta victoria, prohibieron rigorosamente á los suyos ir nunca á oír á los sacerdotes, y hasta tener algun trato con ellos. Por otro lado, el Duque de Saboya no tomaba ninguna medida para hacer adelantar la mision empezada por su órden, y los magistrados establecidos por él en el pais, no tenian ningun celo en secundarle. Todos, excepto el Baron de Hermance, veian con fria indiferencia los esfuerzos del santo misionero contrariados y estériles, y no le prestaban ningun apoyo.

En medio de estos contratiempos, Francisco no se desalentaba: «Los frutos un poco tardíos, decia, se conservan mejor que los prematuros, y espero que si nuestro Señor grita una vez á los oídos su santo *epheta* (es decir, *abrios*) esta tardanza producirá efectos mas seguros y duraderos (3). El molinero no pierde su tiempo cuando pica la muela; en fin, sería lástima que otro, que podria hacer mas fruto en otra parte, empleara aquí su trabajo en val-

(1) Carta IX.

(2) Carta VIII.

(3) Prólogo de las *Controversias*.

»de; esta posicion me conviene admirablemente á mí, que
»no sirvo sino para predicar á las murallas como lo hago
»en esta ciudad.» (1)

Dios, que tiene un cuidado más que maternal de los que se olvidan de sí mismos para sacrificarse enteramente á su servicio, no tardó en recompensar con gracias extraordinarias un celo tan ardiente. Habiendo ido Francisco á Anecy á pasar la octava del Santísimo Sacramento para consagrarla esclusivamente á los ejercicios de piedad, mientras que el canónigo Luis quedaba en su lugar en Thonon, se dirigió á la iglesia el día del Corpus, antes de rayar el alba, á eso de las tres de la mañana, y mientras estaba abismado en una profunda meditacion delante del Santísimo Sacramento, su alma quedó inundada de tan grande abundancia de gracias, que la fuerza del amor la hizo desfallecer y caer en tierra. «Contened, Señor, esclamá, contened los raudales de vuestra gracia; alejaos de mí, porque no puedo sostener el torrente de vuestros consuelos. *Domine, contine undas gratiæ tuæ; Domine, recede à me, quia non possum sustinere tuæ dulcedinis magnitudinem, unde prosternere me cogor.*» Estas son las propias palabras del Santo, extractadas de la relacion que trazó de su mano con este título: «*Visitavit Dominus servum suum;*» (2) segun la costumbre que tenia de escribir las gracias particulares que recibió de Dios, para no perder nunca su recuerdo.

La impresion de este celestial favor fué tan profunda, que durante todo el resto del dia parecia como un serafin. Su rostro abrasado en el amor divino, parecia rodeado de llamas, sobre todo en el altar cuando celebraba el santo Sacrificio, y en el púlpito cuando predicaba las verdades de la fe (3).

(1) Carta IX.

(2) El Señor ha visitado á su siervo.

(3) Juan de San Francisco, p. 101.—De Cambis, p. 165.—Dep. de Bonard y del Señor de Chamois.—El P. la Rivière, p. 155.

Nuestro santo misionero regresó á Thonon á principios de julio, y volvió á emprender sus trabajos apostólicos con el mismo celo que si no hubiera encontrado ningun obstáculo. El Señor de Boisy no podia comprender esta conducta; y afligido de ver á su hijo comprometer su honor en la prosecucion de una obra que consideraba imposible, procuró una vez mas hacerle dejar la mision. «Tu celo, le escribe, no puede tener buen resultado, tu perseverancia es una obstinacion fuera de razon, y es tentar á Dios prolongar la prueba. Te ruego, pues, que hagas cesar pronto nuestras inquietudes volviendo á tu familia, que te reclama ardientemente, sobre todo tu madre, que muere de dolor por el temor de perderte; y si mis ruegos no bastan, en calidad de padre te mando que vuelvas inmediatamente.» (1) Francisco no quiso que cediera á una voluntad humana por respetable que fuese, la voluntad divina manifestada por la orden de su Obispo. «Dirigios á Monseñor, responde á su padre (2); estoy pronto á partir si me lo manda. Pero no olvidéis los oráculos de la Verdad eterna: *No será salvado sino el que haya perseverado (3), ni será coronado sino el que haya legitimamente combatido.*» (4) A consecuencia de esta respuesta, el Señor de Boisy, profundamente afligido, fué á buscar al Obispo de Ginebra, y tomando un tono de vivacidad que se aproximaba á la cólera, se quejó amargamente de que dejaba á su hijo como una oveja á merced de los lobos; despues pasando á las suplicas, instó al Obispo se contentara con lo que habia ya hecho el Preósito, y no le pidiese mas.

Claudio Granier, movido por la afliccion de este venerable anciano, aparentó para calmarle participar de sus sentimientos, prometiendo hacer todo lo que le permitiese su conciencia y su cargo de pastor; luego, habiéndole co-

(1) Carta III.

(2) Carta IV.

(3) Math., X, 2.

(4) II Tim., II, 5.